



ELADIO CABAÑERO: RECORDATORIO

Hermano Lobo, compañero

Francisca Aguirre

Válgame Dios, Eladio, te juro que no puedo aceptar que te hayas muerto. Me resulta imposible pensar que no vas a venir, como era tu costumbre, a cenar, a comer, a estar entre nosotros. No puedo comprender que te hayas ido. Cuando miro la mesa te veo justo en frente de mí, oigo tu voz, percibo tu sonrisa. Durante tanto tiempo has sido un habitante de mi casa. Has convivido tanto con nosotros. No sabemos cómo vivir sin tu presencia. Nos resulta tan raro hacer preguntas y que tú no respondas. Los dieciocho metros de pasillo se han quedado huérfanos de tus manos y tu voz. Me asomo a las ventanas del alma y veo cómo caminas entre nuestros libros: mucho antes que tus pies iban tus manos y delante de ambos avanzaba tu voz: “¿Qué pasa, hermana Loba?, ¿Qué vamos a yantar en este hermoso día?”. Qué agujero tan negro el de tu ausencia. Recuerdo los versos de Machado a Giner de los Ríos. Eladio, ya van más de tres días en que tu nos faltas. Y qué razón tenía don Antonio “lleva quien deja y vive el que ha vivido”. Viviste mucho y nos dejaste más. Sobre todo tu corazón, tu hermoso corazón tan amueblado, tan repleto de seres y de sueños. Oigo tu corazón cuando miro los libros de Vallejo, los de Miguel Hernández, los de Garcilaso. Tuviste un corazón mayor que un auditorio y en él siempre sonó la música de las estrellas, la música del llanto, la música de la concordia y el consuelo. Tuviste un corazón habitado por el entusiasmo, regado por la fraternidad, florecido por las amapolas de la admiración. ¡Válgame Dios, hermano Lobo, Vallejo que tantas veces te oímos repetir: “Amado sea el que vela el cadáver de un pan con dos cerillas”. Pues eso haremos: encenderemos dos cerillas y leeremos tu poema al pan. Y que Dios te lo pague, compañero.■

